

Daniel Cajarville Fernández^{1,2}

***AMAR Y ODIAR A LA PALOMA (URUGUAY):
UNA PEQUEÑA LOCALIDAD BALNEARIA
ENTRE EL “INVIERNO” Y EL “VERANO”***

***AMAR E ODIAR LA PALOMA (URUGUAI):
UMA PEQUENA LOCALIDADE COSTEIRA
ENTRE O “INVERNO” E O “VERÃO”***

***LOVING AND HATING LA PALOMA
(URUGUAY): A SMALL SEASIDE TOWN
BETWEEN “WINTER” AND “SUMMER”***

¹ Doctorando en Integración de América Latina (Universidade de São Paulo), Magíster en Antropología (Universidade Federal Fluminense), Licenciado en Sociología (Universidad de la República, Uruguay).
E-mail: daniel.cajarville@gmail.com.

² El presente trabajo fue realizado gracias a una beca de apoyo del Programa Estudiantes-Convênio de Pós-Graduação – PEC-PG, de la CAPES/CNPq - Brasil. El mismo surge como resultado de la Maestría en Antropología de la Universidade Federal Fluminense, cursada entre marzo de 2016 y mayo de 2018.

RESUMO

Nos últimos anos, centenas de migrantes de múltiplas origens têm escolhido morar em uma área balneária da costa leste uruguaia, La Paloma Grande, em busca da qualidade de vida que atribuem a esse lugar. Após a sua chegada, eles deparam-se com um “verão” agitado embora de curta duração, durante janeiro e fevereiro, assim como também com um longo e calmo período de “inverno”, entre março e dezembro. As formas do “inverno” e do “verão” transformam-se em um desafio para muitos migrantes, especialmente para aqueles que não anteciparam os contrastes e complexidades desses dois momentos. Este artigo, tendo como base a realização de trabalho de campo etnográfico, visa indagar as potencialidades e dilemas mais recorrentes que evocam ambos períodos do ano palomense.

PALAVRAS-CHAVE: migração; mobilidade; estilo de vida; balneário; turismo.

RESUMEN

En los últimos años, cientos de migrantes de múltiples orígenes han elegido residir en una zona balnearia de la costa este uruguaya, La Paloma Grande, en busca de la calidad de vida que atribuyen a ese lugar. Tras su llegada, ellos pasan a enfrentar un corto y agitado “verano”, durante la temporada turística de los meses enero y febrero, así como también un largo y sereno período de “invierno”, entre marzo y diciembre. Las formas del “invierno” y el “verano” se transforman en un desafío para muchos migrantes, especialmente para aquellos que no previeron los contrastes y complejidades de ambos momentos. Este artículo, teniendo como base la realización de trabajo de campo etnográfico, explora las potencialidades y dilemas más recurrentes que evocan ambos períodos del año palomense.

PALABRAS CLAVE: migración; movilidad; estilo de vida; balneario; turismo.

ABSTRACT

In the late years, hundreds of migrants from multiple origins have settled in a seaside area of the Uruguayan east coast, La Paloma Grande, claiming to search for certain quality of life attributed to that place. After their arrival, they will not only face a short though bustling “summer”, during the tourist season that happens in January and February, but also a long and quiet “winter”, between March and December. The shapes of the local “summer” and “winter” turn into a challenge for many migrants, particularly for those who didn’t foresee the contrasts and complexities the two periods involve. Based on ethnographic fieldwork, this article explores the potentialities and dilemmas related to the previously mentioned La Paloma’s annual phases.

KEYWORDS: migration; mobility; lifestyle; seaside town; tourism.

1 - INTRODUCCIÓN

La Paloma Grande es la denominación utilizada para un aglomerado de balnearios situado en la costa este uruguaya, en el departamento de Rocha. De sus 5.516 habitantes, 3495 residían la ciudad de La Paloma cuando en 2011 se realizó el último censo uruguayo (INE, 2012). La franja costera que comprende a La Paloma Grande (en adelante, *La Paloma*) reúne a los balnearios La Paloma (en adelante *ciudad de La Paloma*), La Aguada, Costa Azul, Arachania, Antoniópolis, San Sebastián de La Pedrera, La Pedrera, Punta Rubia, Santa Isabel y San Antonio. Este aglomerado de balnearios, de unos 20 kilómetros de extensión sobre las costas del océano Atlántico, contaba en 2011 con una densidad poblacional de 22,3 habitantes por km² (ibid.), aunque desde entonces su población da muestras de no haber cesado de crecer. El escenario palomense, entre “balnearios rurales» cuyo rasgo fundamental ensambla pradera y océano, vecinos y turistas, vida pueblerina y prácticas turísticas” (DA CUNHA Y CAMPODÓNICO, 2012, p. 353), cautiva a migrantes que han asumido el desafío de integrarse a ese escenario y las tramas cotidianas que ese entorno posibilita.

Migrantes de diversos orígenes han marcado la historia de La Paloma y alrededores. Un ejemplo de ello fueron los encargados de la construcción de su faro, quienes dieron inicio al poblado en 1870, provenientes tanto de otras regiones de Uruguay así como también de España, Francia e Italia (SÁNCHEZ, 2012). Los datos censales más recientes, señalan para 2011 que de los 5.516 habitantes locales, un 32,3% afirman ser originarios del lugar, un 32,6% proceden de otras localidades del departamento de Rocha, mientras que un total de 31,1% procede de otros departamentos uruguayos y un 4% son extranjeros (INE, 2012). La tasa de inmigración internacional para el total de habitantes de Uruguay, correspondía a 2,08%, para el último censo, siendo esa cifra duplicada al contemplar solamente a La Paloma (ibid.). Asimismo, luego de un saldo migratorio negativo para el país desde mediados de la década de 1960 hasta el año 2008, esa tendencia se ha revertido con un creciente arribo de extranjeros que suelen radicarse en la costa uruguaya sur y este (CALVO, 2012; KOOLHAAS, 2013; PELLEGRINO, 2014).

La Paloma recibe, cada verano, un número estimado de turistas que supera en más de diez veces su población permanente (MINISTERIO DE TURISMO, 2018). Algunos entre ellos llegan a transformarse en residentes temporales o permanentes de la zona, ya sea tras planificarlo en a lo largo de varios años, o inclusive tras meditarlos por menores períodos de tiempo. Asimismo, se encuentran que migrantes simplemente llegan a conocer La Paloma al sondear opciones para un retiro jubilatorio, como una búsqueda de un nuevo entorno y una nueva rutina, aspirando a virajes en su proyecto de vida; también están aquellos que aprovechan algunos de los limitados cupos laborales locales, como motivación central o complementaria de su afinidad con cuanto ese lugar en el mundo sugiere. Además, múltiples conjugaciones de esos proyectos migratorios entran en juego sobre las migraciones en ascenso a la zona (CAJARVILLE, 2018). En tal sentido, un aspecto crucial para entender las mismas son las evidencias que las colocan como

un “continuum ante el turismo” (JANOSCHKA y HAAS, 2011), siendo las expectativas de esos migrantes consecuentes con aquellas que impulsan la elección de ese destino para la práctica de turismo, aunque a través de intenciones de permanencia prolongada o permanente.

Benson y O’Reilly (2009) designan como “*migrantes por estilo de vida*” [“*lifestyle migrations*”], a aquellas personas que eligen un nuevo espacio a habitar aspirando a una mejor “calidad de vida”, o un modo de vida más “significativo” [“*meaningful*”], desde cuanto perciben como tal. En otras palabras, ese perfil migratorio apuesta por un “mejor modo de vida” (ibid.), para un lugar de destino que es percibido como promotor de esas transformaciones. El migrante por estilo de vida usualmente parte de una situación anterior que sirve de contraste, aspirando a distanciarse de la misma para así mejorar su “calidad de vida” (ibid.). En este perfil migratorio, la decisión de movilidad puede surgir como la búsqueda de un nuevo comienzo frente a situaciones y experiencias consideradas adversas en el lugar de origen (monotonía, violencia, pérdida de vínculos laborales, rupturas afectivas, etc.). El lugar de destino evoca un nuevo comienzo, a la vez que, muchas veces, propiciando un bajo costo de vida y/o la posibilidad de emprender económicamente, sirviendo ello de impulso (O’REILLY, 2014).

En una misma línea, otras teorizaciones apelan a explicar perfiles migratorios similares a los que La Paloma concita, desde factores tales como la presencia un “sentido de lugar” [“*sense of place*”]. Es decir, un vínculo afectivo con un territorio que podría esbozarse desde un “lazo ambiental” [“*environmental attachment*”] y un “lazo de comunidad” [“*community attachment*”], entendidos ambos aglutinantes de la decisión migratoria (MATARRITA-CASCANTE et al., 2015). En paralelo, Williams y McIntire (2012), sugieren contemplar la influencia de aspiraciones sobre una construcción psicológica de narrativas coherentes sobre la identidad individual. A través de nuevos horizontes desde los cuáles *reinventarse*, pasan a ser incorporadas definiciones identitarias basadas en la búsqueda de una percepción de menor impacto ambiental, menor consumo, menor prisa cotidiana (ibid.). En otras palabras, se sucede una apuesta por “la búsqueda de entornos de vida que sintonicen con los gustos personales” (OTERO, 2014, p. 7). Ello, en clave de una elección individualizante que aspira a realizar proyectos de vida arduamente elaborados, en un gran número de casos.

A partir de múltiples conceptualizaciones, se vuelve sobre un fenómeno cuyos trazos convergen, ostensiblemente. La difundida noción de “*migraciones por amenidad*”, dirigida a abordar “el movimiento de personas a lugares, de manera permanente o a tiempo parcial, debido principalmente a una real o percibida superior calidad ambiental y una diferenciación cultural del destino” (GLORIOSO y MOSS, 2007, p. 138, traducción propia), reposa también sobre lógicas de movilidad cada vez menos excepcionales en un mundo cuyas distancias se han visto reducidas. En tanto esa extendida perspectiva hace foco sobre las condiciones del lugar de destino, opté sobre todo por guiarme desde el trabajo de Benson y O’Reilly (2009), dado el énfasis de las investigadoras sobre las aspiraciones sub-

jetivas de los migrantes por estilo de vida. Ellas abordan la referida movilidad en términos de una trayectoria de distanciamiento frente a estilos de vida considerados negativos, en pos de un modo de vida visto como mayormente favorable y significativo [*meaningful*].

Zunino (et al. 2016) señala para las migraciones por estilo de vida a la Norpatagonia chilena, la presencia de un “vínculo entre los proyectos de vida y el proceso de reinención del sujeto, lo cual involucra aspectos laborales, familiares, personales y lúdicos”, siendo que ello conlleva “repensar y reconfigurar la existencia terrenal en un lugar apartado y relativamente aislado” (ibid., 168). Quienes se inclinan por la elección de La Paloma, migrantes de capas medias en su mayoría, suelen evocar cierto apelo a un “descubrimiento de sí” y una “búsqueda de autenticidad” (VELHO, 2013, p. 108), familiar a un sujeto psicológico al que se le exige una determinada “eficácia em mapear e dar um sentido às emoções e sentimentos individuais” (ibid.), como reflejaron los residentes de Copacabana estudiados por el recién citado antropólogo carioca. A partir de repertorios simbólicos disponibles y “campos de posibilidad” (op. cit.), esbozar proyectos de vida en las costas fluminenses o rochenses se transforman en opciones que algunos, pocos, pueden evaluar y realizar. Al hacer eso último, ninguno de ellos estará ausente de aspectos no previstos, de mayor o menor relevancia, que se sucederán sobre el curso de cuánto se propusieron alcanzar. Tanto sea en Río de Janeiro o La Paloma, realizar proyectos de vida envuelve objetivos y plasticidad (VELHO, 2003). Un recorrido atravesado por emociones.

“As minhas emoções estão ligadas, são matéria-prima e, de certa forma, constituem o meu projeto. Há sentimentos e emoções valorizados, tolerados ou condenados dentro de um grupo, de uma sociedade. Há, portanto, maiores ou menores possibilidades de viabilizá-los, efetivá-los” (VELHO, 2004, p. 28-29).

Los códigos ético-morales de una sociedad median las emociones asociadas a una u otra conducta o decisión (ibid.). Ello, a su vez, remite a “medios de satisfacción” para Schivelbusch (apud Dias Duarte, 2010, p. 247), entendidos éstos como canales para la realización del bienestar en una u otra sociedad ya sea a través de fuentes materiales o inmateriales, a los cuáles se dedican considerables esfuerzos (ibid.). En lugar de la búsqueda por acumular “señales de distinción” como las que Velho (2004) encontró en las motivaciones para los desplazamientos de la Zona Norte a la Zona Sur de Río de Janeiro, en La Paloma otros proyectos y emociones son puestos en juego. Una vez los nuevos tiempos habilitan y promueven socialmente una maratónica “reflexividad” (GIDDENS, 1995), en la que “la elección de un estilo de vida tiene una importancia creciente para la constitución de la identidad del yo y para la actividad de cada día” (ibid., p. 11), el “invierno” y el “verano” de La Paloma conjugan emociones, reflexiones y proyectos cargados de sentido, comunicables en las elaboradas respuestas al ser consultadas las motivaciones migratorias. En ellas radica una denuncia a las “*precárias condições das grandes metrópoles modernas*” (VELHO, 1989, p. 6) que los residentes de Copacabana estudiados por Gilberto Velho tiempo después pasaron a advertir, tales como la “*falta de áreas verdes, transporte difícil e desgastante, concentrações demo-*

gráficas excessivas, altos índices de criminalidade, violência em geral, poluição sonora, visual, envenenamento do ar (...)" (ibid.). La reflexión sobre dónde se vive, remite a las emociones que uno quiere encontrar en ese lugar y ello conduce a repensar los satisfactores anhelados y realizables, cuando además cambios en el transporte y las comunicaciones habilitan opciones que canalizan la satisfacción de un solaz valorado tras ser vivenciadas las más intensas rutinas urbanas.

¿Por qué La Paloma en lugar de Copacabana, Palermo o Pocitos? Rosane Prado (1995, 1998), señala que las pequeñas ciudades (o pequeñas localidades) son amadas y odiadas por las mismas razones. En línea con cuanto sostiene Raymond Williams, sobre los imaginarios de campo y ciudad en la literatura inglesa a partir entre los siglos XVI al XX, puede observarse que: *"O campo passou a ser associado a uma forma natural de vida — de paz, inocência e virtudes simples. À cidade associou-se a ideia de centro de realizações — de saber, comunicações, luz".* Al mismo tiempo, *"constelaram-se poderosas associações negativas: a cidade como lugar de barulho, mundanidade e ambição; o campo como lugar de atraso, ignorância e limitação"* (WILLIAMS, 1989, p. 11). Ahora bien, ¿qué sucede cuando pensamos en una pequeña localidad cuyas formas difieren ostensiblemente en distintos momentos de un mismo año? Ese es el caso de La Paloma en términos de cuanto implica su temporada turística ("verano") y los diez meses que transcurren hasta la siguiente ("invierno"), tal como se explicará más adelante. Entre las polaridades de uno y otro período oscilan los proyectos de vida que en ese entorno balneario se suceden.

Este artículo busca extenderse sobre uno de los aspectos que constantemente atraviesa las miradas sobre La Paloma, la polaridad entre un período de "verano" y otro de "invierno" que resultan indispensables para leer las formas de estar en ese entorno balneario. Indagar al respecto, consistirá en una forma de comprender los proyectos de vida de los perfiles de migrantes antedichos. Permanecer en La Paloma, encontrar la calidad de vida añorada, o dejar atrás un pasado por un presente y futuro cualitativamente superiores, se tornan aspiraciones que las formas del "invierno" y del "verano" palomenses refuerzan o desafían según el caso. Cuanto a continuación se expondrá integra las miradas y narrativas sobre ambos momentos, para pensar a La Paloma no solamente como un espacio costero en el interior del Uruguay, sino también como un escenario que se debate entre dos períodos que ponen en jaque o refuerzan las proyecciones que el lugar suscita. Igualmente, corresponde afirmar que cada "invierno" y cada "verano", tal como se profundizará, distan de ser uniformes; así como también, diversas se tornan las formas en que cada migrante vive esos momentos.

2. ITINERARIOS DE CAMPO Y MAR

Entre 2016 y 2018 cursé la Maestría en Antropología de la Universidad

Federal Fluminense, luego de haber trabajado en el Centro Universitario Regional del Este, de la Universidad de la República; allí pensé el proyecto que condujo a la disertación que sustenta este artículo. Entre 2016 y 2018 conviví alternadamente en La Paloma por un período de tiempo que podría contabilizarse en alrededor de tres meses, sumergiéndome en profundidad en ese escenario costero y también en otros que me permitieron mirar a La Paloma desde diferentes ángulos. Además de incontables y valiosos diálogos sostenidos en uno u otro rincón de aquellas costas balnearias, así como también fuera de sus fronteras, realicé 46 entrevistas a personas vinculadas a La Paloma tales como migrantes (principalmente), personas oriundas del lugar, antiguos residentes, turistas asiduos, etc. A su vez, crónicas, guías de viaje, canciones y otras producciones textuales sobre La Paloma apoyaron al proceso de investigación.

Las entrevistas fueron generalmente realizadas en el domicilio de los entrevistados, también en los lugares donde me hospedé (siendo los principales un hostel local y la residencia de un migrante), así como en espacios públicos como clubes sociales, centros culturales/educativos locales, algún restaurante y por supuesto la playa. Esas instancias, se dieron varias ocasiones para el encuentro con un vecino o vecina que estaba de visita en el lugar de la entrevista, o con un miembro de la familia de él o la entrevistada también de paso, etc.; lo cual contribuyó enormemente a conocer el hogar de migrantes y comprender sus proyectos en un lugar habitado. En esos trayectos se buscó una inmersión en los procesos migratorios atravesados por personas que manifestaban haber elegido un nuevo entorno vital, en busca de “una vida mejor”.

La mayor parte del trabajo de campo sucedió entre el fin de la temporada de verano de 2017 y el apaciguamiento cotidiano posterior al último día de febrero, a fin de hacer foco en ese punto de inflexión y la repentina transición que implica. Entre el 8 de febrero y el 23 de abril, transcurrió la mayor parte del trabajo de campo, que había comenzado en el duro invierno del año anterior. Entre la inquieta temporada de verano y la quietud del resto del año (con altibajos provocados por algún fin de semana largo, eventos u otros sucesos extraordinarios), oír sobre el “invierno” y el “verano” de La Paloma fue una constante que, inexorablemente, imbricaba los proyectos de vida de quienes allí se encontraban

3. UN LUGAR “TRANQUILO”

Para los hombres de la costa se han muerto los plazos, los relojes han dejado secar sus agujas, las urgencias se han oxidado por falta de uso. Si mantienen largo rato la mirada perdida sobre el mar, es para que por ella penetre el celeste de la madrugada que es una maravilla simple, nuestra y elemental (...). Mirar el revoloteo de un picaflor; disfrutar del transcurrir del tiempo, cuando este corre lento, entretenido en lo suyo; observar el mar, vuelto noche ya, pero encendido por la fosforescencia; observar el cielo estrellado para entenderle sus misterios. penetrar en el aire oscuro del verano, horadado por los bichitos de luz. Tanto unos como otros integran los placeres primarios de quienes somos parte de la costa. ¿Valdrá la pena dejar de disfrutarlos, por competir en una loca carrera con el estallido del corazón como premio? (DI CANDIA, 2007, p. 27-28).

Para el escritor César Di Candia, quien hace algunos años eligió La Paloma como su lugar en el mundo, a ello le remite su entorno. El cual, lejos de la gran ciudad, ofrece una particular relación con el tiempo, según el autor se empeña en expresar. En ese territorio agreste y escasamente poblado se vive “despacio”. “sin prisa”, “todo a su tiempo”.

De una manera próxima a los relatos del escritor arriba citado, Marina, una uruguaya a la que entrevisté y que reside en La Paloma desde 2008, rescata el hecho de “que no te lleven a ese ritmo de vida siempre apurado, siempre ocupado, siempre corriendo atrás del tiempo”. Eso es lo que propone mientras dialogamos una tarde de febrero en la playa, sin apuro, con nadie más que nosotros y su familia reunida a algunos metros en despobladas arenas. Por otro lado, Luz, una española de 39 años, en la zona desde 2009, me decía que allí “hay otros tiempos”. Agregando que además hay “más tiempo” para estar en casa, para estar con hijos, abuelos, padres, amigos, en tanto se cuente esos vínculos en el territorio y también con la disposición de retroalimentarlos. Asimismo, Luz insistía que por si lo anterior fuera poco, el tiempo de desplazamiento de la casa al trabajo tiende a ser generalmente corto, así como usualmente los tiempos de trabajo se distribuyen a lo largo del año (se concentran en el verano) dando un saldo que si bien monetariamente pueda ser modesto no lo es en términos de tiempo.

La gente vive a un ritmo distinto que el resto, los tiempos son otros, parece que... Como que tú, no sé, vayas por una autopista y de pronto tomas un atajo y sales a una ruta de campaña. Entonces vas a 180 kilómetros por hora y entonces baja, baja y entras a andar a una velocidad moderada. La Paloma es lo mismo, tu vas llegando y cuando llegas ya cambia. Este, entonces ¿qué cambia?, puedes felizmente salir a caminar por el medio de la calle, puedes agarrar la bicicleta y recorrer lo que quieras sin problema. Puedes salir el resto del año [fuera de la temporada turística] a la playa y no te encuentras con nadie. Yo hago grandes caminatas con mi señora por las playas, veintipico de kilómetros, de treinta kilómetros a veces, este, a veces no nos encontramos a nadie en el ida y vuelta de seis horas caminando. (Andrés, 55 años, veraneante desde su infancia, residente desde 2010)

Los flujos temporales en la zona parecen ocurrir desde relaciones con el ambiente que se aproxima de un “tiempo ecológico”, en el sentido propuesto por Evans-Pritchard (1978). A partir de una clara demarcación de los momentos del año, tomando en cuenta aspectos tales como el clima local que durante los mismos resultan centrales. Al “invierno” corresponde más que nada estar “en casa”, “cerca de la estufa” y a salvo del frío, al “verano” se le adjudican expectativas de actividades “fuera de casa”, “saliendo”, “aprovechando la temporada”, “trabajando”/“produciendo”.

Yo siempre digo, acá en La Paloma se vive despacio, no hay apuro para nada. Uno generalmente cuando vive apurado vive en las ciudades porque la dinámica te va llevando, el ritmo de la ciudad te va llevando. La cuestión laboral, las urgencias laborales y todo eso, los tiempos para llegar al trabajo, para llegar a tu casa, te van obligando a andar rápido. A otra, a otra velocidad. Y acá uno anda despacio, tranquilo, vive en un paraíso. (Francisco, uruguayo, funcionario municipal, radicado en costas palomenses desde el 2000).

De la “tranquilidad” en La Paloma se hablaba incesantemente, en cada entrevista. El “verano” emerge apacible para el turista en comparación con los ritmos cotidianos de su lugar de origen (usualmente una gran ciudad, Montevideo o Buenos Aires en muchos casos). Aunque para los locales la calma era más que nada hallada fuera de enero y febrero, el “verano” se transformaba principalmente una forma de sustentar económicamente la tranquilidad del resto del año, o al menos una forma de alternarla o matizarla, en algunos casos era un “mal necesario”. Igualmente, las miradas eran múltiples en torno a esa más o menos difusa diada. La Paloma se muestra “tranquila” y eso la torna un “paraíso”, para algunos, para otros también puede tornarse su opuesto:

La Paloma tienen una cosa que, por más acelerado que vengas todo el mundo empieza a bajar los decibeles y todo el mundo se mantiene. Y te digo yo conozco mucha gente que era de Montevideo no cambia de vivir en La Paloma. **Generalmente el que se adaptó, el que pasó tres inviernos y se quedó después ya se... (...) Tengo amigos que me visitan de Buenos Aires, que yo no les diría que vinieran a vivir acá nunca.** No digo que no tengas conflictos, si podés tenerlos, pero tenés que ser muy fuerte para venir a La Paloma. Un vecino que compró o alquiló para trabajar en la Universidad [localizada en ciudad vecina], vivió acá abril, junio y se fue... **Y hay que resistir el invierno, a veces no te suena el teléfono en todo el día y hay que estar muy bien con uno mismo.** (Celeste, argentina, en La Paloma desde 1992).

El sosiego buscado en la zona presenta connotaciones particulares para cada migrante. Aunque, común a todos ellos resulta percibir que la “tranquilidad” de enero y febrero, contrasta con la que se encuentra los meses restantes (más allá de los matices a la interna de cada uno de esos períodos).

4. EL “INVIERNO” Y EL “VERANO”.

En nuestra costa, los meses de calor son cortos y tímidos y cuando por fin llegan, como animalitos jubilosos, su miedo los relega a una función de entreactos entre dos inviernos, a un efímero renacer que dura poco y nunca disfrutan porque se saben acechados por los fríos. Los inviernos son los verdaderos protagonistas de nuestra vida comunitaria. (DI CANDIA, 2007, p. 67).

El 1 de marzo de 2017 el supermercado que por entonces frecuentaba cerró una de sus dos puertas, una sólo vía de ingreso pasó a ser suficiente. Ese mismo día, a la mañana, una sola cajera bastaba en vez de las tres del día anterior. No se veía mucha gente. Entender el compás de la vida cotidiana en La Paloma, implica entender el antes y el después de esa puerta que se abre por dos meses y se cierra por diez. En tal sentido, una de las funcionarias de otro supermercado local, me comentó una noche lo siguiente:

En el supermercado decimos siempre desde que yo empecé a trabajar, entre la gente que va todos los días, todo el año, llega diciembre y nos decimos: “¡Bueno, hasta marzo no nos vemos, eh!”. Hasta marzo no hablamos, porque después es cobrar, cobrar, cobrar. Y en invierno la gente va, compra y habla, conversa.

En La Paloma, entiéndase, el “invierno” transcurre entre marzo y diciembre. El “verano” corresponde a enero y febrero. Aunque la segunda quincena de diciembre y la primera de marzo, sino ambos meses completos, representan una transición que para algunos palomenses también pueden ser entendidos como parte del “verano”. Ni uno ni otro período es homogéneo, el invierno del “invierno” es el momento más “crudo” de sus diez meses. Así como la primera quincena de enero representa “un verano que quema”

4.1. “Verano”

Hay mucha gente que llega en verano a La Paloma, y son dos mundos diferentes. La Paloma en verano es el carnaval carioca: bombos, platillos, pito, hay todo ¿entendés? La gente va y viene desde las 6 de la mañana hasta las 6 de la mañana. Porque tenés la gente grande que va a la playa en la mañana, que va pa´ arriba y pa´ abajo. Tenés la gente que se levanta al mediodía eufórica porque salió del baile. Y están los que se mueven todos en bloque porque, son de repente una barra que te cae a comer. Tenés la gente que va al centro, la gente que va al baile... (Pablo, uruguayo, 24 años, creció en La Paloma)

En La Paloma sus habitantes saben que “el verano engaña a muchos”. El “furor” de ese momento, es evidenciado por largas filas en el supermercado y las personas que uno se pecha en las calles. Luego, abre a paso otro período, un tanto diferente: “En invierno ves movimiento cuando sale el sol y la gente sale a tender la ropa”. En el hostel donde me hospedé, interminables fueron los interrogatorios de al menos uno de cada tres turistas que allí pasaban, sobre cómo era vivir en La Paloma. En marzo, muchos de ellos estaban encantados por el primer mes del “invierno” palomense que parecía “verano”, porque aún el sol acompañaba y la playa invitaba a bañarse, varios locales comerciales permanecían abiertos como en enero y febrero, mientras que algunos turistas “aún andaban en la vuelta”. La Paloma no llegaba a ser, a esa altura del año, una “ciudad fantasma” como se comenta que alcanza a serlo en “invierno”. Es que una vez llega, prácticamente, “de la estufa, no salís más” comentó una joven amiga que supe hacer entre tantos migrantes.

Mucha gente hace este error típico de que están acá entre diciembre a marzo y conocen La Paloma. Muy lindo, el clima, hay mucha gente (...). Hay que dejar a la gente entender que no hay mucho para hacer acá, el invierno es a veces largo, pocas casas son hechas para vivir en invierno acá. Y yo conozco gente, más de uno, que estaba viviendo en La Paloma y que se fueron. Porque descubren que después de... [del verano]. El primer año no es difícil, el primer año si tienes todo el tiempo del mundo, algo vas a hacer, alguna motivación todo el mundo tiene. Pero ya el tercer, cuarto invierno, que tienes meses y meses de llenar tu tiempo, ehm, es más y más complicado. Y la gente tiene que saber si realmente eso es lo que ellos están buscando, lo que ellos quieren vivir. (Günther, migrante alemán)

Todos los veranos viene gente que se queda, que resuelve quedarse, y todos los inviernos pasa que hay gente que se va, aguanta un año y no aguanta más, porque vienen buscando otra cosa. Una cosa es el enamoramiento y la belleza con esa Paloma, de, de ..., de vida al toque, que tienes vida nocturna y vas y vienes, pero llega el invier-

no y te querés matar. El que quiere eso marchó. (Francisco, migrante uruguayo).

Yo creo que mucha gente tiene la imagen de La Paloma en verano ... Después cuando tienen que vivir todo el año, ya no es tan fácil. Hay períodos críticos, inviernos, temporales, sudestada, pampero, el viento norte... No te podés quedar sólo con la imagen del verano, vacaciones y todo lindo." (Andrés, migrante uruguayo).

Aun entre aquellos que "sobreviven al invierno", fue usual oír que difícilmente anticipaban la magnitud de la serenidad durante ese período palomense (principalmente la estación del invierno propiamente dicha, especialmente los meses de junio a agosto). El invierno del "invierno" tendía a ser subestimado, para quienes aún no lo habían vivido a fondo al momento de radicarse en La Paloma. No por ello se arrepienten, pero resulta sumamente recurrente oír que la realidad del invierno supera la imaginación .

Aquellos que contando con una segunda casa, o casa de veraneo, a la que visitaban en invierno, sabían del viento de la costa rochense, de las lluvias recurrentes, del frío en casas usualmente no acondicionadas para períodos ajenos al verano. Sin embargo, cuando esas condiciones ambientales se tornan ordinarias (cotidianas) y no extraordinarias (de un fin de semana largo, por ejemplo), la vivencia del invierno a modo de una constante tiende a ser retratada como una experiencia más allá de lo imaginado. Aún para fervorosos defensores de la vida en costas rochenses. Motivo que para algunos acaba tornando inviable continuar en La Paloma, a la vez que para otros sin embargo emerge como una ambientación particular para un nuevo estilo de vida que no quieren soltar (a no ser algunos días, "porque mal no viene salir un poco"), que también encanta.

4.1.1. El "Verano" como ritual

Los "veranos de la infancia" suceden entre castillos de arena en la playa y otros juegos entre familia y amigos/as. Los "amores de verano" así como las "amistades de verano" se dan cita en la playa o el bosque, los pubs o boliches, las ferias y tiendas, los cines o restaurantes. Allí ocurren cruces de caminos consecuencia de la afluencia de personas, convocadas los meses estivales cual a un ritual que marca el cierre e inicio de cada año y en el que tanto la arena como el mar se vuelven escenarios deseados. La Paloma reúne visitantes y permite su convivencia, la cual hace posible desde la apertura de restaurantes y ferias al tránsito de vendedores ambulantes, entre otros dinamizadores de la sociabilidad y el disfrute propio de un balneario. Es a tales fines que ésta y tantas otras localidades costeras han sido planificadas, el "verano" es el momento de fruición para visitantes y de trabajo arduo para locatarios, sin que ello necesariamente obture su propio disfrute.

Para el turista, el verano se vuelve ritual o se graba como uno, como un momento de pasaje, de definiciones, de inicio y cierre de momentos de la vida. Si volvemos al balneario como residentes, vuelve gran parte de lo que aquellos

momentos y pasajes significaron. En el balneario de vacaciones sin mayores dificultades encontramos momentos de “*liminalidad*” (TURNER, 1969) en la indefinición de una celebración de fin de año en la que todos se unen en la playa, una tarde sobre la arena o noche sobre la avenida principal en la cercanía que no está exenta de distinciones y diferenciaciones, pero imbuida en el goce veraniego de la falta de mayores obligaciones remite a un estado de “*communitas*” (ibid.), con ecos de “*efervescencia colectiva*” (DURKHEIM, 2007). El antiguo veraneante vuelto residente no necesariamente vuelve a momentos que, muy probablemente, sean irrepetibles pero sí se aproxima al regocijo de la memoria y al significado atribuido a un lugar compuesto “*tanto de camadas de lembrança quanto de estratos de rocha[roca]*” (SCHAMA, 1995, p. 17). Vuelve en el “*invierno*” y más aún en el “*verano*”.

4.1.2. El “*Verano*” como júbilo y aventura

En la mítica y aclamada novela *La Uruguaya*, Pedro Mairal (2016) retrata el andar de sus protagonistas por las costas del departamento Rocha, próximas a La Paloma, refiriéndose a la inmersión en “un mundo sin compromisos, sin tener que volver a la responsabilidad de ningún tipo, sin familia, sin trabajo, sin horarios, ni ciudad, ni autos, ni peligros de accidentes, arena blanda por todos lados, calor, puro hedonismo playero” (ibid., p.25). A pesar de las diferencias perceptibles entre la situación del turista y del residente local ante un escenario de tales características, es usual que se tienda un puente imaginario entre ambas realidades. La experiencia del turista, de atención ligera y falta de obligaciones junto a otros en igual sintonía a su alrededor, abre paso a sucesos que en la gran ciudad cuentan con menos probabilidades de acontecer. Quien reside en La Paloma y transcurre sus veranos en rutinas de trabajo, o no como es el caso de quienes cuentan con ingresos provenientes de fuera de la localidad (jubilaciones, rentas, inversiones, etc.), ese espíritu veraniego acompaña animando o agobiando según uno u otro caso.

El disfrute integra ingredientes que están presentes a lo largo del año pero aumentan su intensidad en “*verano*” y transforman esta zona balnearia y portuaria en un ámbito con aires aventura. Tal como se leen la siguiente cita:

“La Paloma en sus inicios cuando yo la conocí, había..., la habitaba en proporción más gente de Rocha [ciudad vecina] que iba a pasar el verano pero siempre tuvo esa inyección de marineros, viajeros, buques que llegaban, gente rara que llegaba. ¿Qué pasó? Que gradualmente cada vez fue siendo mayor, y no solamente llegaban por el mar sino que con las vías de comunicación empezaron a llegar por la tierra (risas). (Andrés, 55 años, rochense, en LPG desde 2010, veraneante desde su infancia).

La “*experiencia anti-cotidiana*” (KRIPPENDORF, 2003) propia de la práctica del turismo, envuelve un componente de aventura asociable a una rutina no establecida, en un lugar que no se conoce a fondo o que cambia a menudo y por lo tanto invita a la experimentación. Ello, dentro de límites donde las amenazas o peligros resultan escasos y la aventura se suscita como “*a oscilação entre a felicidade e o desespero, a intensidade e a suspensão com a que a aventura nos permite*

sentir a vida" (SIMMEL, 1998, p.184). De por sí, tales aspectos resultan seductores y condimentan al "verano" palomense, viéndose ello resaltado por la "gente rara" de la que habla Andrés. Es recurrente que en La Paloma se haga alusión a la presencia allí de "personajes" cuyas historias de vida son descritas como "fuera de lo común", en clave de un cierto cosmopolitismo asociado al encuentro en ese destino de personas que llegan "por mar y por tierra" sin un pasado común en un mismo territorio. Asimismo, La Paloma como enclave turístico y portuario, en tanto lugar de tránsito, está asociada a una menor regulación social y homogeneización frente a localidades no habituadas al constante cambio y encuentro entre diferentes. En el "verano" ello se torna palpable y vívido, en el "invierno" se viven tales trazos locales pero en menor medida.

La casa o carpa de un amigo/a o familiar, amor, la heladería o aquel boliche en el que se comen buñuelos de algas, acompañan un cotidiano de olas y arena que genera inquietudes pero a la vez distensión para el turista en tanto la agenda es otra a aquella de la oficina u otras rutinas no balnearias. ¿Por qué no permanecer así?, muchos se preguntan con esas u otras palabras. ¿Es posible permanecer de esa forma?, otros advierten. ¿Para quienes llega a serlo?, agregan los más experimentados en oír esas mismas preguntas y ver a quienes ponen en práctica sus respuestas. A su vez, téngase en cuenta también que algunos "inviernos" resultan más fríos, lluviosos y ventosos que otros. El invierno de 2015, por dar un ejemplo, fue "de cielo abierto y puro sol" de acuerdo a una migrante que al verano siguiente presencié un invierno "tormentoso". Tal como recomiendan los locatarios, conveniente visitar La Paloma fuera de la temporada estival antes de elegirla como lugar a habitar. No obstante, ello no es garantía de conocer cabalmente a este pequeño poblado contiguo al mar cuyos "inviernos" y "veranos", dentro de ciertos límites, varían. Aunque ayuda, un montón.

4.2. "Invierno"

Mucha gente de Montevideo me dice: "¿qué hacés en La Paloma en invierno?, ¿mirar la estufa?". Les digo: "Sí, me encanta". Yo prendo la estufa y miro el fuego, ni tele preciso, estoy feliz. Yo que sé... Yo creo que es para cierta clase de gente esto, no es para todo el mundo. Como no es para todo el mundo la ciudad, cada uno busca su lugar y a mi me gusta esto. En invierno, cagado de frío, cuatro camperas, termo y mate, andar a caminar por la playa. O si estás enfermo, hay 32 grados bajo cero, si a mi me gusta caminar por la playa. Qué le voy a hacer... (Pablo, 24 años, uruguayo, creció en La Paloma).

De repente, solo ves tres lucecitas en la calle... Te viene una cosa en el pecho, me viene angustia... Cuando viste todo lo contrario, hace un par de meses... [Un lugar] bipolar total (Leila, montevideana, eligió La Paloma como parte de un proyecto de pareja).

Conozco unos alemanes, ehm, uno hace tres o cuatro años tenía casa comprado, se fue. El otro también. Tres, cuatro años en La Paloma y, ehm... tenía que encontrar que no es el lugar, al final. La gente, mucha gente tienen una impresión, una falsa impresión ehm de La

Paloma si lo conocen en un mes o en dos semanas en verano. **Y un consejo sería que antes de decidir quedarse a vivir todo el año acá, que por favor vengan en junio, alquilen una de las casas de verano, y vean cómo es vivir acá en esta época del año.** Cuando como digo, mucha lluvia, la calle vacía, nadie sale con lluvia. Ehm, y eso es alguna cosa que la gente no tiene en cuenta típicamente (Günther, 49 años, alemán, en La Paloma desde 2006).

Es diferente vivir la cosa a saber la cosa, saber que es un balneario y vivir el balneario, vivir en el balneario. los dos primeros años que estábamos viendo eso, construyendo el proyecto, nos tomó un montón de tiempo, un montón de energía, fé y todo eso, no ves todo eso. Después no, el año pasado ... A mí el invierno me cuesta acá, la diferencia con la temporada y eso y después el invierno que de repente todo el mundo se va, que las propuestas no se mantienen (...). Eso a mí me cuesta, como europea, como francesa (Sophie, francesa, en LPG desde 2012).

4.2.1. “Sobrevivir al invierno”

“¡El invierno es terrible, no pasa más!” [*“L’inverno è terribile, non passa mai!”*], se lamenta el personaje de Leopoldo en *I Vitelloni*, filme de Federico Fellini que, entre otras cosas, registra la vida balnearia fuera de temporada. En tanto cada balneario es único, la mayoría de los mismos comparte la polaridad de una baja y alta temporada; con diferencias más o menos atenuadas, de mayor o menor duración según cada caso. Fellini conocía en profundidad el escenario de Rimini, retratado en la película recién citada, puesto que en él había crecido. “El invierno no termina más”, es una frase que aparece más de una vez en mis notas de campo tomadas en las tardes que conversaba con la novia del encargado del hostel donde me hospedé entre marzo y abril de 2017. A la vez que Lucía se lamentaba por lo anterior, se imaginaba feliz regodeándose “frente a la estufita”, mientras yo me preguntaba por esa aparente contradicción. De a poco fui comprendiendo la ambivalencia de un invierno que aplaca con su lluvia, su viento helado, el vacío de las calles, a la vez que regocija con el placer de una estufa a leña, unos mates calentitos, la intimidad del hogar que se torna central e incluso vital.

En relación a eso último, descubrí que “sobrevivir al invierno”¹ tiene mucho que ver con las condiciones materiales de ese hogar, así como también con quienes lo forman y habitan. Cuando Sophie y Philippe a principios de los 2010s deciden explorar opciones en Uruguay para iniciar un nuevo proyecto familiar, junto a sus hijos pequeños, buscando un entorno que remitiera en mayor medida a lo rural que a lo urbano, fueron precavidos sobre el invierno palomense. Sophie compartió conmigo que: “Nosotros al llegar acá había una persona que nos dijo: «Cuidado, el invierno es bravo, tienen que saber lo que hacer y todo, hace frío, es húmedo y las casas no son aisladas para el frío, la humedad y todo»”. El invierno, aún luego de esas advertencias, fue más duro de lo que imaginaba y “aún cuesta”.

¹ Esas palabras utilizan algunos residentes locales para describir la “prueba” que el “invierno” representa al afán de los proyectos migratorios en La Paloma. Muchos de ellos, concebidos durante el “verano”.

En su caso, en tanto las opciones de esparcimiento resultan limitadas el peso de ese período se agravaría, sumado ello a otros aspectos no previstos como los ocasionales largos períodos de lluvia y otras dimensiones climáticas. Sin embargo, Sophie afirma que eso está cambiando, pues “desde que estamos acá que hay una movida que no estaba al llegar, que estaba así como latente. Y, eso es súper positivo, para mí es positivo”. Igualmente, más allá de esos cambios: “Si tienes como una red de amigos, o... no pasa nada, te manejas ¿no?”, además de que “si tu tienes un trabajo fijo es una maravilla, porque tu tienes tu trabajo y vives en un lugar que ta, es súper tranquilo porque estás en un lugar donde tienes todas las comodidades, aparte algunas”. No obstante, lamenta que la concentración de las actividades laborales en una temporada sumamente corta, dificulta que muchos cuenten con trabajo fijo a lo largo del año y eso complejiza las condiciones en que la vida cotidiana se sucede fuera de la temporada estival.

Se desea poder permanecer todo el año, pero las condiciones para lograrlo son difíciles de alcanzar para muchos y ello devasta en varios casos la fruición que puede provocar la “tranquilidad del invierno”. El desafío de “sobrevivir al invierno” cobra diversos matices de acuerdo a las redes con las que se cuente en el territorio, la rutina en términos de actividades laborales o formativas, una mayor o menor disposición a una “vida reclusa” o una “vida sociable”. El invierno es la prueba para confirmar o descartar el sueño palomense, el verano guste más o guste menos avanza rápido. Sea como sea, “no existe nada perfecto, no existe lo perfecto”, según afirma y repite Carolina, una uruguaya en su primer año en La Paloma luego de más de tres en los que estuvo planificando su proyecto de vivir allí. “Yo estoy re contenta viviendo acá. La verdad que sigue siendo un cambio sustancial. Y todo el mundo dice, si sobreviví al invierno...Y todo el mundo dice también, la verdad que les tocó un invierno re jodido. Y vamos bien”, agrega.

Catalina (39) trabajó en 2009 como técnica social para el Sistema Nacional de Áreas Protegidas, en torno a la Laguna de Rocha. En un primero momento se instaló en La Paloma, pero luego: “Me fui feliz a Rocha [ciudad vecina de mayor tamaño], necesitaba al menos oír las motitos en la plaza. No resistí La Paloma. Arañaba las paredes...”. Su pasaje por el balneario le resultó difícil de lidiar, según comentó. “Me acuerdo de un domingo, llegando de Punta Gorda [Montevideo], si me cruzaba con un perro lo saludaba”, comenta caricaturizando lo desolado del entorno palomense y cómo ello le resultó intolerable. El invierno en La Paloma implica una vida cotidiana de resguardo, en oposición a la temporada estival. “Iba a la Balconada [playa] y no había nadie, estaban todos en sus casas”, supo recalcar Catalina al cerrar nuestro diálogo.

En su novela *La otra playa* ambientada entre Buenos Aires y La Pedrera, la cual me encontró de casualidad en una versión traducida al portugués por Henrique Schneider, su autor Gustavo Nielsen señala a través del narrador lo siguiente sobre aquel lugar costero:

A casa da praia era do pai de um amigo de Gustavo (...). Gustavo ia à casa no inverno. Durante o verão, o lugar era alugado a preços exorbitantes, que ele não podia pagar. A casa não tinha vizinhos. Para chegar, Gustavo caminhava quinze minutos pela praia. Levava comida enlatada, ovos cozidos, queijos e biscoitos, que ia consumindo em canapés. Apenas se a fome era irremediável, caminhava os quinze minutos até o povoado. À volta, regressava com o único taxi que havia, dirigido por um turco com bigode em ferradura, e aproveitava para encher o portamalas com garrafas de vinho e licor barato. Era o lugar ideal para escrever novelas de horror (NIELSEN, 2012, p. 89-91).

Por un lado, un escritor escoge La Pedrera para inspirarse. Por otro, se inspira en ella para escribir novelas de terror.

“Cosas muy chicas se vuelven muy grandes. Lo chico se agranda, lo chico se agranda en un lugar como este.”, comentaba una enfermera nacida en la localidad, Nina, una vez en que la encontré junto a conocidos en común del hostel donde me hospedaba y conversamos. Nos habíamos puesto a hablar de mi investigación y el tema del “invierno” surgió por sí solo. Otra residente local, Gabriela, llegada desde Bahía (Brasil) tras haber formado una familia junto a un uruguayo, sostuvo al entrevistarla que en La Paloma, debido a las escasas propuestas laborales y de actividades recreativas/culturales. Ello, sumado a un clima frío que empuja a permanecer dentro de casa, en el invierno hay que evitar “caer en el nadismo”. Para Gabriela, el ocio en una alta dosis, “abre mucho esa cosa de la depresión y todo eso, que lleva a la persona para abajo. Y no digo que uno no tenga sus momentos, pero yo siempre escuché eso de *cabeza vacía, oficina del demonio*. ¡Hay que ocuparse!”. Ese “nadismo” no es una condición *sine qua non* de la vida en La Paloma, pero allí contaría con condiciones favorables para despertarlo, especialmente durante los meses de “invierno”.

Al conversar con Gabriela, ella recurrió a un difundido dicho popular de su tierra, “*mente vazia, oficina do diabo*”. Este puede traducirse tal como ella hizo en la cita anterior, así como también se encuentra desde otras versiones de una misma idea: “mente vacía, espacio para los fantasmas”, “el ocio es la madre de todos los vicios”, etc. Pablo (24 años), vive en La Paloma desde sus 4 años, tras recientemente vivir por dos años volvió a la costa palomense convencido de que es su lugar. Al preguntarle qué recomendaría a quienes consideren vivir en La Paloma, dijo lo siguiente: “Que piensen, que no dejen de pensar, que se muevan. La Paloma es muy linda, pero si te dejas estar es como un oso. Estás ahí, si te agrandas y levantas los brazos, se va. Si te acostás, te come”. El fin de temporada, en su ambivalencia (otra más de las tantas que hacen eco en La Paloma), remite a un alivio de incesantes rutinas pero también a un presunto peligro que asoma y afecta “especialmente a los gurises”, según muchos más susceptibles, pero también a los adultos que representa la quietud del “invierno” en una zona de clima hostil en ese período, con limitadas fuentes de empleo, donde conviven pocos a la vez que muy diferentes

Sobre su decisión de vivir en La Paloma llegando desde Barcelona, con su esposo e hijos pequeños, Cecilia recuerda su “miedo de idealizar el vivir afuera, y decíamos después te pasa tipo en la película *The Shining* que te volvés loco ahí, aislado. No sabés. Te imaginás todo divino, y después...”. El “invierno” como un

momento fantasmagórico sobrevuela los imaginarios sobre la elección de balnearios como los que componen La Paloma Grande, de una forma que no sucede con cualquier área costera. La costa del departamento de Canelones o de Maldonado, también atraen a migrantes por estilo de vida, aunque esas zonas cuentan con polos urbanos próximos además de poseer un mayor dinamismo por su relación con estos y por una densidad urbana y poblacional usualmente mayor a La Paloma. Mientras que en ella se conjugan imaginarios en los cuáles confluyen las impiadosas olas del atlántico, el viento que las acompaña, una densidad poblacional modesta en un “lejano este” uruguayo. Igualmente, “si vos estás bien, cualquier lugar va a estar bien”, insinúa Facundo (al igual que varios otros, a su manera), un joven migrante que en marzo de 2017 construía una vivienda en Santa Isabel tras haber dejado atrás a Buenos Aires. La clave consistiría en “estar firme de raíz”, como me fue dicho en costas vecinas a La Paloma (aún más deshabitadas), si bien hasta la raíz más firme puede sucumbir frente a un gran temporal.

4.2.2. “Disfrutar el invierno”

Ahora bien, al tiempo que sobre el “invierno” resuenan narrativas un tanto lúgubres, estas no son necesariamente contrapuestas a los elogios que este período anual también recibe. De forma ambivalente, uno u otro aspecto del “invierno” y “verano” cobra mayor centralidad para cada quien, de acuerdo a cada momento. Ello, a partir de las relaciones en que se inscriben con el lugar en que se habita.

En seguida que asoma el “invierno”, “volvemos a apropiarnos”, comenta una migrante que dejó atrás Montevideo, Leila, señalando cómo a pesar de “padecer” la “quietud” del “invierno”, ese período frente al “verano” otorga a su favor una mayor libertad para andar por parte de los residentes locales. Evidentemente, cada etapa del año da y quita lo suyo. Leila agrega que ahora sí puede bajar con sus perros a la playa sin las restricciones que se aplican en verano, sin una abigarrada cantidad de playeros. Algo parecido diría Lara, antigua veraneante uruguaya que residió en La Paloma de forma intermitente en los últimos veinte años hasta radicarse definitivamente, “marzo es nuestro, no nos los quita nadie”, recalcando la transición de una temporada donde el protagonista es el turista para un mes de sol prácticamente sin ellos. Quien continúa trabajando, probablemente trabaje menos (por menos tiempo, atendiendo a un menor número de personas) y esté menos cansado, pudiendo bajar más a la playa o seguir de largo unas horas más de sueño, respecto de cuanto sucedería un 28 de febrero. El “invierno” tiene de disfrutable el regreso de la “tranquilidad”, no obstante, siendo un momento menos próspero económicamente, para la mayoría de los residentes que dependen de la economía local, la antedicha calma puede verse amenazada.

Yo en general, en enero, no paso en La Paloma. Me vengo. Me vengo a Rocha, a casa de mis padres, me vengo con mi señora para acá, pasamos en Rocha (ciudad vecina). Prefiero. Si puedo alquilo mi casa, sino van algunos familiares, porque para mí esa no es La Paloma que yo busco.

Andrés, tal cual consta en la cita anterior, a sus 55 años y con un empleo estable en las cercanías La Paloma, donde reside desde 2011, difícilmente logra convivir con el “verano” local. Para otros, el “verano” es una forma de alternar la tranquilidad del “invierno”, sus dos meses de duración son suficientes a tales fines. O, en todo caso, debería durar “un poquito más” para que haya más trabajo y porque “el sol hace bien”. Para varios más, no corresponde siquiera preguntarse si gusta o no, porque es la única opción para poder vivir en La Paloma, en todo caso resulta un “mal necesario” o un “complemento perfecto”, según algunas optimistas visiones. Andrés, al no dedicarse a actividades vinculadas al turismo y optar por la “tranquilidad” ante todo, prefiere alejarse del bullicio del verano cuando puede hacerlo. No es el único que puede y elige hacerlo así, ello suele depender de contar con recursos externos a la temporada turística (rentas, jubilación, un empleo - virtual o presencial - fuera de la localidad).

La “tranquilidad” buscada por tantos en La Paloma no necesariamente es percibida como ausente en verano, aunque llega a serlo, sobretodo reluce y trasluce más que nada fuera de la temporada. “Ahora que somos menos, yo empecé a disfrutar de volver a nuestra vida cotidiana”, la vida fuera de la temporada, según plantea Francisco, un migrante cuya rutina laboral es estable todo el año, al ser funcionario público, pero aún así insiste sobre los cambios percibidos a partir de marzo. En paralelo, enfatiza su ánimo de disfrutar lo mejor de lo que cada momento del año tiene para dar en la zona. Por otra parte, un migrante que había llegado allí desde Estados Unidos hacía poco más de dos años cuando lo entrevisté, Edd, recomienda a quien considere la opción de vivir en La Paloma que descubra con qué se siente cómodo, sabiendo que el verano es diferente del invierno. Quien quiere sol todo el año, que no vaya a La Paloma. Quien no teme al viento y al frío, que vaya. Él aclara: “Yo vengo de Arizona, así que ... Realmente, no se pone tan frío[en La Paloma]. Además, estaba acostumbrado a esquiar un montón, he estado expuesto a un montón de frío” [*I came from Arizona, so... Really, doesn't get too cold. Plus, I used to skee a lot, I've been exposed to a lot of cold weather*]. Una vez más, el peso relativo de cuanto y cómo se aprecia a La Paloma desde el estilo de vida que posibilita, es medido en base a valoraciones propias de la trayectoria anterior de cada migrante así como de las aspiraciones que en ella forjaron. Tal como insisten Benson y O'Reilly (2009), para casos afines.

El invierno es sumamente disfrutable, para muchos. Especialmente aquellos que conocen La Paloma en profundidad, antes de ir allí, y denodadamente persisten en que ese sea “su lugar”. Otra vez, el contraste con un lugar de origen emerge dando vigor y/o sentido a elegir La Paloma, y al hacer esto elegir su “invierno” también:

Y yo siento que me cambió la vida [La Paloma]. Me tenía re podrida Montevideo. (...) O sea, agobiada, viste, enloquecida. Y una cosa que me molestaba, me molesta hasta hoy en día, el típico montevidiano que te dice: “¡Ay! ¿pero qué hacés en La Paloma?” Y yo le digo: “¡Ay!, ¿pero vos que hacés en Montevideo?” Porque yo iba a trabajar y venía, trabajando un montón de horas como trabajaba (...). Capaz que voy al cine, no te digo una vez por semana, o voy al teatro. No

son cosas que no pueda hacer desde acá. A ver si a veces estaba tan enloquecida trabajando y todo que iba al cine una vez por mes. Y bueno, desde acá me voy a Montevideo, o me voy a Maldonado. no es trágico, ¿me entendés? No estoy en Artigas [ciudad lejana al norte del Uruguay]. (Carolina, montevideana, migró en 2016).

En algunas de las reflexiones abordadas anteriormente se argumenta que el peso del “invierno” aumenta debido a la inactividad, a un ocio que genera “fantasmas en la cabeza” según se oye decir. En la zona, se pueden encontrar rutinas lejos de esa posible amenaza, que muchos denuncian, contar con un proyecto de pareja, estabilidad laboral, así como valor el “tiempo en casa”, como en el caso de Carolina, ayudan enormemente para una considerable dosis de satisfacción con el día a día palomense en el “invierno” y/o el “verano”.

Carolina partía en su lugar de origen de una rutina de trabajo de 8hs o más (en la docencia), sumados a entre una y dos horas de movilidad urbana, entre otros esfuerzos exigidos por una ciudad de las dimensiones de Montevideo, donde el tiempo libre en la semana era escaso y a su vez era un tiempo con cansancio acumulado. En La Paloma, ella administra sus horas trabajando o en su hogar, siguiendo una rutina similar a aquella que desarrollaba en Montevideo pero que pierde un desgastante tiempo de transporte y adquiere un escenario que en general ella vive como menos agobiante. En Montevideo, sus salidas no eran más habituales que en LPG, a su vez. Elías, docente al igual que Carolina y también con una rutina de trabajo semejante a ella, me comentó en un mismo sentido que en invierno “no para”. Ambos relativizan desde sus rutinas a esa “tranquilidad” que si bien estaría en el ambiente (sin ruido de autos, sin ómnibus abarrotados), no es un sello de su trajín diario que por lo contrario implica múltiples actividades especialmente de marzo a diciembre.

4.2.1. El “invierno” como una cruda oportunidad

A mí como que me dio muy duro el primer invierno y también venía de un ambiente que, no es que siempre tengas amigos y amigas, es que siempre estás rodeado de gente. Y acá, por primera vez en mi vida me sentí sola, completamente sola, por primera vez en el mundo. O sea, tenía a mi hija, pero mi hija estaba en el liceo. Tenía sus amiguitas, como que se adaptó fácil y yo me veía así, como sin nadie. Y como que, ¡ahhh!. “¿Qué hago!?” Igual, lo agradezco montones, pero montones, montones. Me encontré conmigo misma, que eso es lo que mucha gente quiere o busca, o no. Pero yo lo necesitaba, en serio. (Zoé, colombiana, en La Paloma desde 2010)

Zoé optó por permanecer en La Paloma por un año (vendiendo artesanías, dando clases de yoga, brindando servicios domésticos), para que su hija cursara el año lectivo de escuela secundaria, aspirando a desplazarse a otra ciudad costera al año siguiente como hacía seis años acostumbraba; pero, finalmente, cedería al pedido de su hija de permanecer allí. Estaba acostumbrada a lugares de mayor densidad poblacional, con mayor dinamismo en el sentido de actividades a realizar, espacios de sociabilización, etc. Entonces, plantea, La Paloma la obligó a un “encuentro consigo misma”.

Amalia, actualmente, plantea no poder prescindir de la soledad que en La Paloma encontró cuando allí llegó en 1983. Tras haber apostado a cambiar de aires después de momentos que define como difíciles, vividos en la gran Buenos Aires, permaneció en la vivienda que unos amigos le prestaron:

Ese primer año que estuve sola, por ejemplo, era una experiencia completamente nueva. Un año sin conocer a nadie y que no me conozcan. Y sin siquiera tener la posibilidad de decir rajo al bar de la esquina, no, nada. ¿Viste? Era, bueno, a ver qué pasa cuando estás sola con vos misma.

La Paloma implicó un estar “sola con vos misma” que nunca desapareció por completo como componente del estar allí, aunque se fueron sumando a su vida amistades, una nueva relación de pareja, etc. Además que la zona ofrece cada más opciones de lugares de encuentro (menos de una docena de restaurantes, clubes, bares, etc.).

7. CONCLUSIÓN

El “verano” y el “invierno” son amados y odiados por las mismas razones. Ya sea por la misma o diferentes personas, incluso a un mismo tiempo. Lo que el “invierno” y el “verano” cuentan a su favor, puede ser lo mismo que tienen en contra, según cómo eso se integra a expectativas, proyectos y procesos de cada persona que pone a andar sus días en La Paloma.

Por un lado, el “verano” llega a ser amado por su bullicio, porque alterna la quietud del resto del año, porque es un momento de sol y playa, de densa sociabilidad y trazos de aventura. Por otro lado, llega a ser odiado porque simplemente altera sustantivamente la “paz” de los restantes meses; aún desde cierto rechazo, muchos asumen necesitar de las fuentes de empleo que ofrecen, otros que no dependen de las mismas lo resisten y esperan su cese (saben que, aunque tenso e intenso, transcurre veloz), o se distancian (al menos en la sobrecargada primera quincena de enero) de La Paloma por un tiempo. Las mismas personas que un año aman al “verano” al siguiente pueden odiarlo, si bien lo más usual sea amar y odiar una u otra faceta de ese mismo período.

El “invierno” puede ser amado por la “tranquilidad” que trae aparejada, por facilitar el “tiempo en casa”, porque permite el resguardo en soledad, porque las obligaciones son menores para quien concentra sus actividades laborales en el verano, porque el “mal tiempo” (es decir, las inclemencias del viento y la lluvia) empuja a cierto solaz hogareño. El “invierno” puede ser odiado porque su “tranquilidad” se vuelve “demasiada tranquilidad”, porque las opciones de empleo escasean y angustian, porque no abundan las opciones de esparcimiento (si bien cada vez son más, como una estrategia de tantos que llegan y sienten falta de las mismas), porque aún habiendo paisajes a recorrer y opciones para salir de casa, el frío, viento y lluvia amilanan a quien desea hacerlo. Asimismo, un antes anhelado tiempo en el hogar puede desgastar, así como los vínculos con quienes en él cohabitan (inclusive, con uno mismo). Las mismas personas que un año aman al

“invierno” al siguiente pueden odiarlo, una u otra faceta de cada período puede despertar simpatías o desazones; en definitiva, el “invierno” es largo y el “verano” es corto pero no siempre son los mismos.

La vehemencia de un corto “verano” y el sigilo de un largo “invierno”, constituyen polaridades anuales en balnearios como La Paloma. Quienes se proyectan en La Paloma conociendo solamente sus días de sol, pueden engañarse fácilmente de no escuchar las advertencias de quienes conocen sus días más grises. Aunque estos sean difíciles de imaginar. Ese lugar “no es para todo el mundo”, insistió en decirme un contumaz joven “enamorado de La Paloma” que la conoce desde niño. Quien tenga suspicacias del frío y la soledad que ni lo piense, fue su consejo. La “tranquilidad” que el “verano” propone, cambia de tono al arribar la “tranquilidad” del “invierno”. Aunque, tomando esas advertencias en consideración, las percepciones que el lugar despierta en cada persona, conjugan complejas relaciones entre cuanto el lugar ofrece (o puede ofrecer) y cada quien valora (o puede llegar a valorar). Ello, desde un un repertorio de posibilidades y expectativas, en las que las memorias en un lugar, la naturaleza en el mismo, su sociabilidad que habilita la reserva al tiempo que permite el encuentro, sumado a un sentido de aventura remiten a emociones de satisfacción. No homogéneas ni constantes, pero más nítidas respecto a otros espacios vitales con los que se contrasta a La Paloma.

Las migraciones por estilo de vida muestran contradicciones entre expectativas y realidad sobre cómo será la vida en un nuevo destino, siendo este un drama del migrante, enfatizan Benson y O’Reilly (2009). Se suele contar con un consciente conocimiento de esas particularidades, dada la reflexividad y organización del tipo de proyecto migratorio en cuestión, aunque la magnitud del devenir diario (del “invierno” y del “verano”, por ejemplo, para el caso palomense). “La incesante búsqueda [*ongoing quest*] de un mejor modo de vida explica la ambivalencia que muchos de los migrantes sienten, mientras que al mismo tiempo indica que el destino inicial puede no ser el destino final” (ibid. : 10, traducción propia). El nuevo lugar de destino no necesariamente logra satisfacer las aspiraciones del migrante, que en algunos casos opta por ir en busca de otros destinos o regresar a su lugar de origen, así como permanecer a disgusto cuando otro desplazamiento no resulta viable.

Las emociones que uno u otro período provocan adquieren sentido en la realización de proyectos de vida elaborados en el singular encuentro entre aquello que se espera de un lugar, aquello que ya no se encuentra en otro, así como cuánto se espera y esperamos de nosotros. Es usual en La Paloma, una y otra vez me lo advirtieron sus habitantes, que muchos se establezcan pero no todos permanezcan; el “invierno” con sus formas serenas y solitarias atrae así como expulsa; el “verano” aunque llegue a perturbar la calma local, todos saben que “pasa rápido” y cuanto en él disgaste pronto se supera. Una cuota de “plasticidad” será fundamental para concretar proyectos de vida en costas palomenses, esa misma que Velho (2004) considera un aspecto fundamental para echar a andar “proyectos de vida”.

8. BIBLIOGRAFÍA

BENSON, Michaela; Karen O'REILLY. Lifestyle Migration: Escaping to the Good Life?. In: BENSON, Michaela & Karen O'REILLY.(org.), **Lifestyle Migration: Expectations, Aspirations, and Experiences**. Farnham: Ashgate, 2009. p. 1-14.

_____. From lifestyle migration to lifestyle in migration: Categories, concepts and ways of thinking. **Migration Studies**, Oxford, v. 4, p. 20-37, 2016.

CAJARVILLE, Daniel. **La elección de La Paloma: migraciones y proyectos en la costa este uruguaya**. Dissertação (Mestrado em Antropologia), PPGA, UFF, Niterói, RJ, 2018.

CALVO, Juan José. **Uruguay: Revisión de antecedentes y análisis crítico de la situación actual en términos de corrientes migratorias**. Montevideo: Ministerio de Trabajo y Obras Públicas, 2012.

DA CUNHA, Nelly; CAMPODÓNICO, Rossana. Uruguay: Hacia la noción de país turístico. Estudio histórico 1930 – 1955 . **Anuario IEHS**, Tandil, n. 27. p. 331-367, 2012.

DI CANDIA, César. **Pequeño mundo**. Montevideo: Alfaguara, 2007.

DIAS DUARTE, Luiz Fernando. Muitas felicidades! Diferentes regimes do bem nas experiências de vida. In: Freire Filho, João (Org.). Ser feliz hoje. Rio de Janeiro: FGV, 2010.

DURKHEIM, Émile. Las formas elementales de la vida religiosa. Madrid: Akal, 2007.

EVANS-PRITCHARD, Edward Evan. **Os nuer**: uma descrição do modo de subsistência e das instituições políticas de um povo nilota. Rio de Janeiro: Perspectiva, 1978.

GIDDENS, Anthony. Modernidad e identidad del yo. Barcelona: Ediciones Península, 1995.

GONZÁLEZ, Rodrigo; OTERO, Adriana. **La Sombra del Turismo**. Movilidades y Desafíos de los Destinos Turísticos con Migración de Amenidad. Neuquén: Educo, 2012.

GLORIOSO, Romella; MOSS, Laurence. Amenity migration to mountain regions: current knowledge and a strategic construct for sustainable development. **Social Change**, New Delhi, v. 37, n. 1, 2007, p. 137-161.

INE. 2012. **Censo**. Resultados Finales - Rocha. Montevideo: INE, 2011.

JANOSCHKA, Michael ; HAAS, Heiko. **The Contested Spaces of Lifestyle Mobilities**. Regime Analysis as a Tool to Study Political Claims in Latin American Retirement Destinations. Londres: Routledge, 2011.

KOOLHAAS, Martín. Migración interna y distribución espacial de la población uruguaya. In: BENGOCHEA, Julieta; CABELLA, Wanda; CALVO, Juan José (orgs.), **Detrás de los tres millones**. La población uruguaya luego del censo 2011. Montevideo: Udelar, 2013.

KRIPPENDORF, Jost. Sociologia do turismo: para uma nova compreensão do lazer e das viagens. São Paulo: Aleph, 2003.

MATARRITA-CASCANTE, David; SENE-HARPER, Aby; STOCKS, Gabriela. Environmental views, behaviors, and influences of international amenity migration: the case of Nuevo Arenal, Costa Rica. **Journal of Rural Studies**, v.38, 2015, p. 1-11.

MINISTERIO DE TURISMO. **Estadísticas**. Disponible en: <http://mintur.gub.uy/index.php/estadisticas> . Acceso en: 2 out. 2018.

NIELSEN, Gustavo. **A outra praia**. Porto Alegre: Dublinense, 2012.

O'REILLY, Karen. Lifestyle Migration. **Focus Migration**, Osnabrück, n. 27, 2014, p. 1- 6.

OTERO, Adriana. **Innovaciones socio-culturales como consecuencia de las nuevas movibilidades del turismo**. Estudio de caso: San Carlos de Bariloche, Argentina. VI Congreso Latinoamericano de Investigación Turística, Universidad Nacional del Comahue, 2014.

PELLEGRINO, Adela. **Migraciones**. Montevideo: Colección Nuestro Tiempo - Comisión del Bicentenario, 2014.

PRADO, Rosane. Small town: mitologia e vivência. **Comunicações PPGAS**, Rio de Janeiro, n.6, 1995, p. 43-95.

_____. Cidade Pequena: paraíso e inferno da personalidade. **Cadernos de Antropologia e Imagem**, Rio de Janeiro, n.4, 1998, p. 31-56.

SÁNCHEZ, Malvina. **De paseo por el cabo Santa María**. Montevideo: Ediciones Torre del Vigía, 2012.

SCHAMA, Simon. Paisagem e memória. São Paulo: Companhia das Letras, 1995.

SIMMEL, Georg. O indivíduo e a liberdade. SOUZA, Jessé e ÖELZE, Berthold (orgs.) Simmel e a Modernidade. Brasília: UNB, 1998.

TURNER, Victor. *The Ritual Process: Structure and Anti-Structure*, Chicago: Aldine Publishing Co., 1969.

VELHO, Gilberto. Projeto, emoção e orientação em sociedades complexas. In. Vianna, Hermano; Kuschnir, Karina; Castro, Celso (orgs.). **Um antropólogo na cidade**. Rio de Janeiro: Zahar, 2013.

_____. **Individualismo e Sociedade**. Rio de Janeiro: Zahar, 2004.

_____. **Projeto e Metamorfose**. Rio de Janeiro: Zahar, 2003.

_____. **A utopia urbana**. Rio de Janeiro: Zahar, 1989.

WILLIAMS, Raymond. **O Campo e a Cidade na história e na literatura**. São Paulo: Cia das Letras, 1989.

WILLIAMS, Daniel; Norman MCINTYRE. Place Affinities, Lifestyle Mobilities, and Quality-of-Life. In: U. MUZAFFER; R. PERDUE; J. SIRGU (orgs.). **Handbook of Tourism and Quality-of-Life Research: Enhancing the Lives of Tourists and Residents of Host Communities**. Londres – Nueva York: Springer Science & Business Media, 2012, p. 209-231.

ZUNINO, Hugo; ARÉVALO, Lorena; VALLEJOS-ROMERO, Arturo. Los migrantes por estilo de vida como agentes de transformación en la Norpatagonia chilena. **Revista de Estudios Sociales de la Universidad de los Andes**, n. 55, 2016, p. 163-176.